



San Jerónimo

Catedral de Burgos

Una puerta abierta a la Belleza Infinita

San Jerónimo

Imagen del mes de Septiembre

“El presbítero Jerónimo, erudito en las lenguas latina, griega y hebrea, vivió en los santos lugares hasta edad muy avanzada entregado al estudio de las Sagradas Escrituras.

La doctrina contenida en sus sublimes tratados, cual lámpara luminosísima, alumbró con sus destellos todas las tierras, desde oriente hasta occidente, como hacen los rayos del sol.”

San Agustín de Hipona

En la historia de este Santo se afirma que permaneció virgen toda su vida; pero él, en una carta a Panmaquio, da a entender que no fue así, puesto que en ella dice textualmente: “prefiero la virginidad del cielo, ya que no tengo la de la tierra.”

San Próspero, en sus Crónicas, escribe: “San Jerónimo, presbítero, gozó de tal celebridad cuando aún vivía en Belén, que su nombre era famoso en el mundo entero. Con su ingenio fuera de serie, y con el fruto de sus trabajos, prestó un inestimable servicio toda la Iglesia”.

En el libro de las Etimologías de Isidoro leemos: “El perfecto dominio que Jerónimo tenía de tres lenguas le permitió ser muy exacto en la captación del sentido de los textos y muy claro en la exposición de los mismos. El cristiano, pues, debe tener a este santo por el intérprete de mayor autoridad y preferir sus opiniones a las de cualquier otro”.

Escultura de San Jerónimo de la Catedral de Burgos

El autor de esta gran escultura es Diego de Siloé, siglo XVI. Representa a San Jerónimo como un ermitaño en penitencia, utilizando una composición iconográfica muy divulgada, que transmite la gran espiritualidad de este Santo.

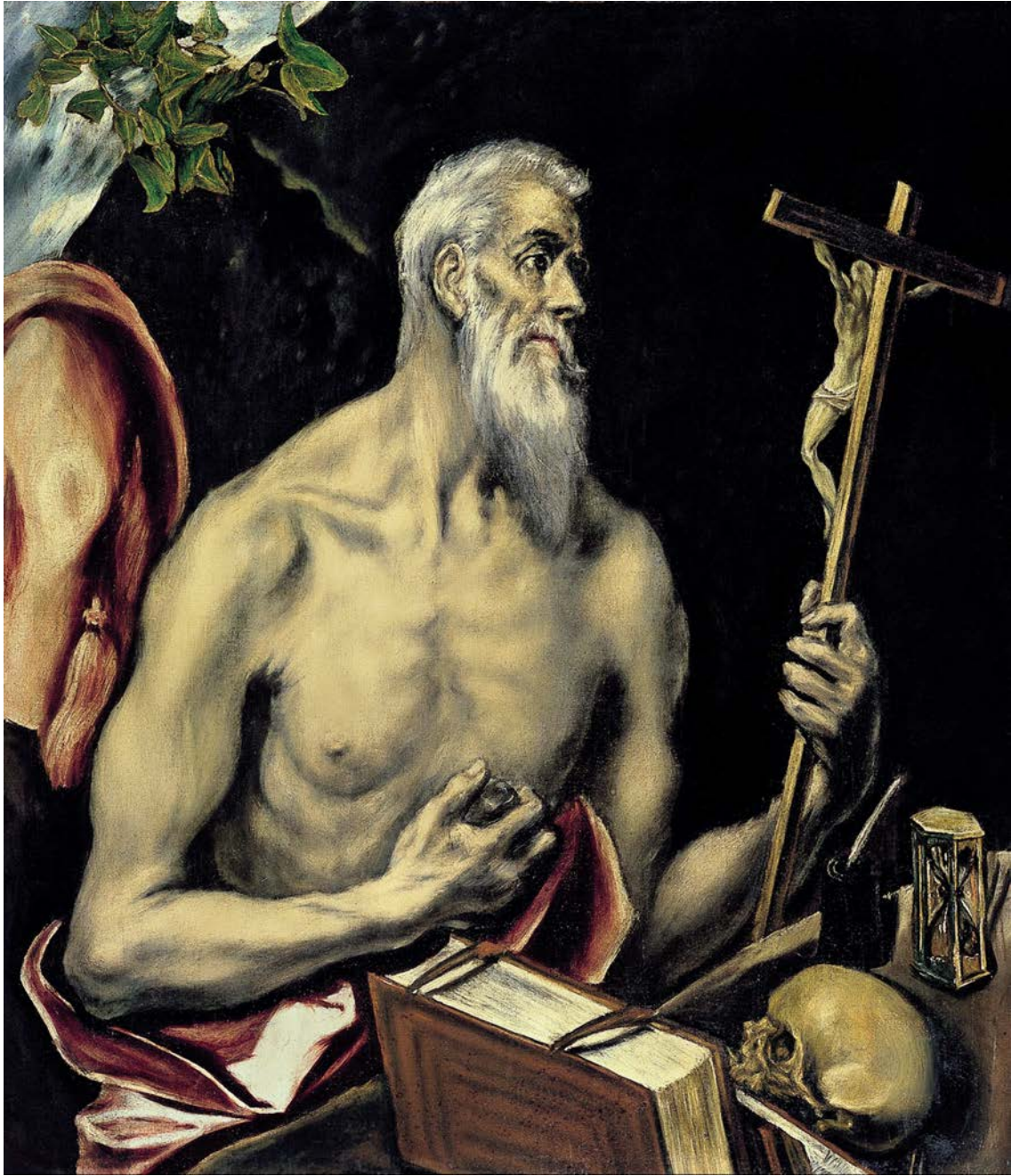
Casi calvo, con mechones sueltos sobre su cráneo, la frente está surcada por arrugas que subrayan la expresión dolorida de sus ojos muy hundidos. Con nariz recta, pómulos demacrados y larga barba y bigote de factura suelta, presenta la boca desdentada abierta, realizada con un realismo sorprendente, sin concesiones a la estética, con ese interés naturalista que también atrajo a los grandes maestros italianos como Leonardo. No hay que olvidar que Diego de Siloé se educó en Italia y que el mismo Leonardo presenta en su cuadro inacabado de San Jerónimo a un viejo calvo, de carne arrugada y brazos musculosos.

La anatomía del Santo, que refleja el sufrimiento corporal en su flácida carne arrugada marcando los huesos y sus venas hinchadas, presenta, no obstante, una fuerte contextura en la realización de los músculos de sus miembros, con el brazo derecho extendido hacia atrás y sujetando con su mano la piedra con la que se golpeaba el pecho y apoyando la mano izquierda, doblada su muñeca en ángulo, en el libro cuyas páginas señala con sus dedos nudosos.

El torso se inclina hacia el crucifijo y a partir de la cintura se halla cubierto por un largo paño azul, doblando sus piernas fuertes y vigorosas. El Crucificado está situado bajo el fondo de lajas en un tronco de árbol con oquedades y un león se halla situado bajo una especie de mesa que forman las rocas.

San Jerónimo (340-420), Padre de la Iglesia y fundador de de la Orden de los Jerónimos, es representado generalmente en el desierto como ermitaño haciendo penitencia. Su cuerpo desnudo, propio de una persona entrada en años y mortificaciones, atrajo a los artistas del Renacimiento, que desarrollaron un estudio anatómico de su físico.

En la Catedral de Burgos también se puede contemplar una bella pintura titulada "San Jerónimo en su estudio", del taller de Joos van Cleve, ca. 1530, del manierismo flamenco.



San Jerónimo

Autor: El Greco, año 1605



San Jerónimo

Autor: Lorenzo Lotto, siglo XVI

Museo Nacional del Prado

San Jerónimo y el león

A Jerónimo de Estridón, hoy patrono de los traductores, se le suele representar desde hace siglos (Lotto, El Bosco, Durero, Caravaggio, Cano) acompañado de una calavera, de las Escrituras, de un crucifijo, de una piedra con la que, como penitente, se golpea el pecho en el desierto y de un agradecido y dócil león a sus pies, al que le había quitado una espina de la zarpa, según la tradición popular.

Sin embargo, el león no pertenecía a este santo sino a su contemporáneo Gerásimo (+475), el santo que sanaba a los heridos tras los seísmos. Al extraerle la espina el león lo siguió en señal de gratitud a su monasterio junto al Jordán; allí le encomendaron que cuidase mansamente a los camellos y al burro que cargaba el agua. Un día, unos ladrones árabes robaron los camellos y el burro. Gerásimo entonces acusó erróneamente al león de haberlos devorado y le obligó desde ese momento a llevar el agua al monasterio, tarea que el león asumió humilde y eficazmente.

Alguien habrá cometido el error, interesado o no, de confundir a Geronimus con Gerasimus, del mismo modo en que el primero nos confundió con su traducción sobre la posibilidad de que los camellos puedan pasar, antes que un rico, por el ojo de una aguja.

A finales del siglo IV, Jerónimo abandonó asqueado la Babel romana y se instaló en Belén, con su discípula Paula, para verter en nuevos odres buena parte del Antiguo Testamento en su Vulgata, no sin gran oposición (*“parece que también tú puedes equivocarte”*, le escribe Agustín). En una célebre carta, Jerónimo proclama: *“Lo que yo traslado no es la palabra a partir de la palabra, sino la idea a partir de la idea”*. Y añade: *“Lo que vosotros llamáis fidelidad a la traducción, los eruditos lo llaman mal gusto”*. Mil seiscientos años después impera el criterio de que toda traducción depende de la humildad absoluta ante el texto: en una mala traducción no se lee al autor, sino sólo la voz del traductor.

Traducir es trasladar, transvasar la tradición, interpretar, trashumar sin descanso, porque lo verdaderamente importante son los muchos libros, transformados, releídos, renovados en cada nueva versión porque sin ellas un

idioma termina por repetirse siempre las mismas cosas, aunque Gracián recomendara que “*las odiosas nuevas, no darlas*”.

Pasado mucho tiempo, un día el león encontró a los ladrones y recuperó, por fin, el burro. Gerásimo noblemente reconoció su error al haber acusado injustamente al león de haber devorado al burro.



San Gerásimo y el león

Autor desconocido, siglo XVI